



Greta Chicheri, una canción

Lo que pinta, lo que cuenta, cómo vive Greta Chicheri, parecen una canción, una balada de Bob Dylan, música de armónica y voz tatuada. “De pequeña soñaba con vivir en una cabaña en una isla perdida. Luego olvidé mis sueños y ahora intento recuperarlos, vivir armoniosamente con la naturaleza y el mar. El hombre se ha olvidado de donde están los placeres reales de la vida y está arruinando el planeta con sus ansias de velocidad, de poder, de avaricia de bienes que luego acaban en la basura”, comenta.

Un poco de pop, metafísica adunia, un poso clarísimo de inocencia, la búsqueda de la sencillez y el volcánico paisaje majorero dan sentido a su emocionante propuesta plástica. Ocre claro, verde platanera, negro, algún coqueteo con el bermellón y un lenguaje de formas que explican la intimidad, la autenticidad, la soledad, la humildad de la inmensa presencia de su isla, Fuerteventura!.

El espacio infinito de una isla sitibunda, las sombras cuando cae el sol, la vida solitaria, casi salvaje, cuando sale. El mar, el mar. “La isla es infinita, no acaba nunca, siempre el mar”. La paz que da la música de las olas, su fuerza, el orden: todo eso se refleja en esta pintura sobria, ebria de silencios, donde amanece una forma distinta de hablar, desde la ternura, la limpieza de espíritu y sensibilidad tamaña, pagana y cristalina.

Greta Chicheri (A Coruña 1982), licenciada en Bellas Artes por la Universidad Europea de Madrid, reside en Fuerteventura desde 2005. Comenzó a participar en colectivas, en 2004, y dos años después celebró su primera personal, con los tanteos iniciales de su aventura estética. Lola Crespo la incluyó en sendas colectivas en Utopía Parkway (Madrid), y ahora le ha dedicado una individual, que ha llamado poderosamente la atención de críticos y coleccionistas.

Se quería marchar a Nueva York, pero encontró billete para las islas, siguiendo un cometa azul que le indicó un camino y se fue al lugar donde Unamuno escribió hondos, sencillos, sentidos poemas, en su destierro. El mar nunca le fue ajeno, pero el verde paisaje gallego contrastó con la tierra herida donde se cobijan la claridad y la sequedad, las sombras y los sueños, que se alternan sin conflicto ordenados en vetustos protocolos de belleza y de candor.

“A veces, duermo en mi furgó, me despierto al amanecer al lado de mi chico y vemos el mar, hay olas, no hay nadie en el agua...subidón, qué más puede ofrecerte la vida! El surfing puede ser estresante, como pintar, no consigues hacer lo que esperas, las olas se ríen de ti, eres un ‘paquete’ y el cuadro a la basura. Otras veces, todo sale, los colores fluyen, se

deslizan con armonía y solvencia; has pintado un buen cuadro, has surfado bien, puedes dormir tranquila”.

Por varios conductos me habían llegado noticias de esta creadora, pero hasta ahora no había visto una expo completa, que es lo que me ha impulsado a saber que hay pintora, que hay futuro, que hay probabilidades de decir lo que otros no pueden o no saben comunicar. Acrílico sobre lienzo, serenidad, quietud, sintonía con la naturaleza, ascetismo y naturalidad, humildad, como una canción, que nace en el alfoz solitario y, sin querer, desde su lejanía ilumina los rincones más distintos del mundo. Me da la sensación que la pintora, que Greta, ha encontrado un pájaro de fuego, que no sólo ella ve, que lo acaricie y lo cuide hasta que le dure su compañía. No conviene asustarlo, ni cortejarlo en exceso, sino vivir junto a él y dejarlo vivir!. El arte capta, con grandeza, momentos sublimes, que suelen ser esenciales: a esto induce su pintura.

Tomás Paredes
Presidente
Asoc. Críticos de Arte
Madrileños

Galería Utopía Parkway
Reina 11. 28004 Madrid
Precios: De 200 a 2.200 euros